

# SIGAMOS CON LOS LOBOS

Tal como van poniéndose las cosas, y dado el sesgo que los acontecimientos mundiales van tomando, paréceme que no está muy lejano el día en que tendremos que convenir con Hobbes, aquel filósofo tan simpático de quien hablaba en mi anterior articulo, en que los "hombres no son, en último resultado, más que unos lobos para los otros hombres". Ahí están las noticias que cada día nos trae la prensa acerca de Alemania... y digásemse si los amigos "poincareístas" son unos "merengues" para los súbditos de Ebert. Que diga Sotto, nuestro perincito Sotto, el titulado "Primo de Rivera", si no daría algo, y de lo más preciado que tiene, porque desapareciera al menos del mundo de nuestra política, el gran Cebuano y aun el insigne Quezon, y hasta si se me apura el mismísimo humilde Confesor. ¿Qué más? Si hasta el mismo Camilo se alegraría en el alma de que todas las religiones y sus ministros desaparecieran para siempre con tal de que llegásemos a la "unión" por el tan deseada dentro del orden religioso! ¡El colmo... de caridad y amor al prójimo!

En verdad, en verdad os digo que mejor estaríamos entre las bestias y alimañas de las selvas, nuevos Tarzans, gozando de los mil y un "conforts" que, en opinión del insigne autor de la serie "tarziana", ofrece el "jungle" a cuantos, como el famoso hijo del noble Lord inglés, se han criado siempre entre "apes" y demás seres amigos de la "broma" y del "jaleo", y no conviviendo con los "sietemesinos" y "pijatos" almidonados diplomáticos, que están haciendo del mundo un "infierno".

Nada: lo dicho; que si seguimos por este camino pronto será verdad lo que decía Hobbes, de cuya teoría política quedábamos hablando en el anterior número del cual de nuevo vamos a ocuparnos.

Oído al "párche", que lo que viene es admirable.

"El hombre, lejos de ser naturalmente sociable, es esencialmente individualista y egoísta, sin más cuidados que su propio bien y placer". La frase no puede ser más clara; y..., a fe, que "pué" que no le falta su "mija e" razón. Porque eso de egoístas creo yo que vamos siéndolo y no poco y eso de buscar cada cual lo que mejor le acomode paréceme que también. Podría contar a los amables lectores algunas anécdotas referentes a un amigo mío, que hubo de sufrir las de Caín y sigue sufriendo la pena negra, porque a un otro ser de la humana especie se le ha metido en la mollera ser mi amigo perturbador sempiterno del bienestar "egolátrico" del individuo en cuestión. ¡Y eso que mi amigo es un "enfeliz", un "desgraciao" que a "nadie hace mal", ni se mete con nadie!

En lo que en modo alguno convengo con Hobbes, ni convendrá nadie que esté al tanto de la vida manileña, es en que no seamos sociales ¡Pues; a fe que no hay sociedades y 'clubs'. Desde el A-Z, y el M-J hasta los "Chongos y Chimpancés Bohemios", debe de haber en Manila cerca de trescientos mil sociedades de hombres y de mujeres, y de ambos juntos que aseguran los peritos en la materia son las que van tirando menos malamente. Ya tenemos "Black Cats"; ya tenemos "Smiles clubs"; ya poseemos "Gay Clubs" "Juveniles Clubs" y "Clubs Juveniles" "Camellos blancos" y "Camellos Negros" y si a mano viene dentro de poco, pues en cuestión de imitar somos admirables, tendremos "Rats Clubs" and "Bug Clubs" and "Dog Club"... y toda clase de "animales clubs". ¡Santa Bárbara nos quita confesados!

Quedamos en que en eso de que no seamos sociales anda mal el filósofo de Malmesbury. Pero prosigamos: 'El estado natural del hombre, dice en una de sus obras, es la

guerra contra todos los que pueden estorbar sus goces: su derecho absoluto y único es el derecho de aniquilar y apartar los obstáculos que se oponen a su bien propio y personal". Esto, como ve el lector, es una grandísima "burrada" en el orden de la razón, y de la moral, y de la religión, y de todos los órdenes. Y sin embargo, tales cosas ve uno y tantos "egoísmos" tiene que sufrir, aun de parte de los que más apelan al amor de Dios y del prójimo... contra una esquina, si se puede, que tentados nos vemos de dar la razón a Hobbes.

Y es que, lector, hay que convencerse; cuando al hombre se le priva del único freno, que es la religión, y nada más que la religión verdadera, no hay fuerza que controle sus apetitos y hará siempre, o casi siempre, aquello que más le agrade y que le guste más. ¡Riase el lector del altruismo, y de la filantropía de los Carnegie y los Rockefeller y demás seres de idéntica naturaleza! El tema se presta para un articulo, o mejor muchos articulos, sobre la "egolatría" de los modernos filántropos y de los no filántropos también. La suprema ley para todos, absolutamente para todos los que no obran por fines superiores a la tierra, es el yo primero, el segundo yo y yo el tercero, y decir lo contrario es ocultar lo que se siente, que en castellano puro llamamos "mentir". ¡Que nos vengan con "Salvation Army" con "Y. M. C. A.", con "W. T. U.", y demás productos del naturalismo aplicado a salvar los cuerpos de nuestros prójimos, con pérdida, como es de suponer, de sus almas! Harto sabemos lo que todas esas asociaciones y otras similares buscan. Favorecer y fomentar el 'egoísmo' y la vanagloria de unos cuantos "estultos", que se gastan sus millones en fomentar tales monstruosidades.

¡Caray! ¡Si casi soy hobbesiano! ¡No faltaba más!

Copio y sigo: "La razón suficiente y única de la institución de las sociedades es la necesidad de un poder o fuerza superior que establezca la paz entre los hombres particulares". Recuerde el lector o vuelva a leer, si le place, lo que al hablar de Rousseau decíamos sobre la distinción que debe hacerse al tratar de poder. Poder es la fuerza física y bruta del león o del búfalo; poder es la fuerza traidora del rufián que a traición nos encañona con su "coll" o su "star"; poder es la fuerza del dictador y del tirano que se imponen por las armas. Y de esos poderes-fuerzas es de lo que habla Hobbes y de lo que trataba Rousseau. Pero poder significa además "derecho" a mandar, en virtud de alguien que es superior a los subordinados; poder significa la fuerza moral que al juez comunica su cargo, al legislador su elección, al ejecutivo su alto puesto; y ese es el poder autoridad de que no habla ni puede hablar Hobbes, porque no reconoce más que materia y fuerza bruta.

"El poder—brutal, bestial, rufanesco, dictatorial—que gobierna esta sociedad representa la absorción,—la usurpación divina mejor, y quizá no le falte alguna razón, si se trata de casos concretos—de todos los derechos y de todas las libertades de los asociados, de donde resulta que es ilimitado y absoluto, procediendo de él únicamente el derecho y el deber, lo justo y lo injusto, lo mío y lo tuyo. Cualesquiera que sean sus mandatos deben ser obedecidos siempre, sin que nadie tenga derecho alguno contra el que tiene el poder, el cual no está obligado a nada para con los súbditos".

Tal vez a muchos parezcan estas frases una "desagraciación", y hasta, tal vez, no falte algún mal pensado que crea que estamos atribuyendo al filósofo inglés algo que él no dijo. Quien tal pensare se equivoca. No tiene más que tomar en sus manos la obra de Hobbes "Leviathan", y en

su parte primera caps. XII y XIII encontrará ámpliamente explicada la teoría hobbessiana.

Para terminar, por hoy, un parráfico más y "al avio". Otro día Dios dirá.

"Esta guerra de todo hombre contra todo hombre tiene por consecuencia que nada hay que pueda ser injusto. Las

nociones de derecho y torcido, de justicia y de injusticia, no tienen allí lugar alguno... La fuerza y el fraude son las dos virtudes cardinales en este estado de guerra. La justicia y la injusticia no son facultades ni del cuerpo ni del alma". (Leviathan, part. 1.a cap. XIII).

"FILADELFO".

## En la Playa

POR LAGASCA.

¡Oh mi buen amigo Filadelfo, que pocos días hace, en uno de tus bien pensados artículos, exteriorizabas el deseo de acompañar a este pobre y desconocido Solitario en sus paseos por esta tranquila playa de mis amores! ¡Qué hora de esparcimiento y solaz hubiéramos pasado ayer tarde, aquí, sentados en esta piedra donde ahora estoy! Pero cuando fui a invitarte para ir a unaestrass soledades, habías ya salido de casa; y hube de marchar, solo, al lugar de mis paseos favoritos.

De Pedro Lagasca, mi querido Filadelfo, nada menos que del celeberrimo Pedro Lagasca hubiésemos hablado. Y conste que en el calificativo de celebrísimo no hay ni un átomo de exageración ni de ironía; pues ya sabes la celebridad que adquirió en sus precipitadas fugas a las montañas ibocanas, cuando las plumas de "Estudio" apuntaron contra él.

¡Madre mía, qué hombre tan agilísimo en huir, tan magistral en taconear y tan habilísimo en esconderse!

Pero dejémoslos de exclamaciones, y vamos al grano.

Invitado por varios amigos, uno de ellos miembro del Comité de festejos, acudí a las fiestas de Cavite, que en verdad resultaron magníficas y divertidas.

Asistí a la Misa solemne que en la Iglesia de Porta Vaga se celebró a las 8 a. m., en honor de la Virgen de la Soledad, Patrona de Cavite.

Y allí, entre la ola inmensa de gente, hombres en su mayoría, que escucharon el sermon atentos y devotos, estaba el celeberrimo Pedro Lagasca en persona, en carne y hueso, en cuerpo y alma.

Y lo vi delante de mí, a dos pasos, casi rozando con el mio su brazo.

—¿Pero de veras es él?—pregunté en voz baja a uno de mis amigos.

—Sí, hombre, sí: Pedro Lagasca. Lo conozco tan bien como a tí.

No insistí; pues en aquel momento el predicador combatía con fuertes y positivos argumentos al aglipayanismo.

Fijé en Lagasca mi vista y atención por un momento. Allí estaba el ex-parepare, el célebre fugitivo, aguantando impasible e inmóvil el chaparrón de pruebas contundentes que desde el púl-

pito caían sobre la falsedad de la secta aglipayana, aborto del orgullo y de la negación.

¡Oh Lagasca de mis entretelas! ¡Qué protestas no bullirían en tu privilegiada mente contra las descargas del predicador, todas dirigidas al blanco aglipayano! ¡Si hasta me pareció que se fijaba en tí! Cómo eres tan célebre, es de suponer que te conoció.

Dime en confianza, Pedro de mis pecados: ¿Qué sentiste en la mañana del día once, en la iglesia de Porta Vaga, cuando tan perseguida y malparada viste a la dama de tus ensueños, la dulcinea aglipayana, cuyo honor has cedido tanto en otros tiempos, no sé si verdaderamente enamorado de sus dotes personales, o de su dote pecunario?

Me refiero, oh Lagasca de todas mis arterias y venas, a aquellos felices años durante los cuales vivías, como el pez en el agua, pegadito a la capillita aglipayana de San Roque: a aquella capillita de nipa, de la que fuiste arrojado o suplantado, no recuerdo bien, a pesar de tu sentimiento y de tus lágrimas, capaces de ablandar todos los corazones, pero incapaces de conseguir el reblandecimiento del de D. Gregorio, tan duro, tan férreo, tan diamantino. ¡Oh lágrimas de Lagasca, cuán de poca estimación fuisteis para quien tanto debía a la sumisión y humillaciones del dueño que os derramó!

Y ahora, Lagasca de mi alma, ¿que vá a suceder? ¿Qué consecuencias acarreará a tu porvenir el acto de presencia en Porta Vaga? ¿Qué va a ser de tí, cuando los directores de la compañía teatral se enteren del desaguisado que has cometido entre bastidores?

¿Qué dirá, sobre todo, el jefe, el máximo, cuando sepa que Lagasca, el celeberrimo Lagasca, ha tenido la osadía de escuchar, con la impasibilidad de un poste, los ataques lanzados contra los intereses de la compañía desde un púlpito?

¡Válame Dios, Perico mio, en que benenjal te has metido! Tu piel peligró seriamente. Ya puedes poner en práctica tus reconocidas habilidades en las fugas prontas y rápidas, si no quieres ver sobre tus lomos la estaca de marras, empuñada por manos máxi-

mas. Yá basta con aquella lluvia de golpes; y a todo trance y por todos los medios debes evitar otra descarga cerrada.

Huye, pues, Pedro mio: huye pronto: huye lejos. Bien sé que para aplicarte ese remedio, no necesitas que nadie te aconseje; pero, ¡qué quieres! siento tanta compasión hacia tí!... Se cierne tan amenazadora la tormenta...! Además, créeme, mi compadecido Pedro; te has captado mis simpatías, desde que te ví tan atento en Porta Vaga escuchando el sermón contra la comedia aglipayana.

Por eso, Perico de mi alma, a fuer de sincero amigo, te aconsejo una fuga que supere en rapidez y celebridad a todas las anteriores. Va en ello tu pelleja, tu salvación corporal; pues la espiritual poco o nada os importa a los galanteadores de la dulcinea aglipayana.

Pero si por mal de tus pecados eres tan infeliz que caes en el cepo: si al fin te atrapan manos máximas: si eres tan torpe en huir que pierdes tu celebridad tan bien adquirida en fugas anteriores... no desesperes por eso, mi idolatrado Lagasca. Aún me ocurre otra solución para salvar la piel. Es un remedio que quizá te resulte mejor que la fuga; pues al fin y al cabo por maestro que en ella seas, y por muchas habilidades que en huir demuestres, no me negarán que siempre es vergonzoso volver la espalda al enemigo, cuando se le puede combatir y hasta vencer.

El remedio es éste. El tribunal aglipayano se reunirá para juzgar de la gravedad del delito que has cometido asistiendo a la iglesia de Porta Vaga y escuchando al predicador. Te obligará a comparecer. Sus miembros estarán vestidos con el uniforme que ya conoces. Su presidente, el O. Máximo, aparecerá con su traje de pseudo-prelado. Aunque te miren graves, serios y amenazadores, no te apures, ni tiembles, ni aparezca tu rostro como carne de gallina.

Claro está que puedes comenzar por desconocer al O. Máximo como tal, y como presidente; pues no tiene otros títulos para esos cargos que los que le dieron las manos del sastre que con-